EDICIONES DE ARTE

ESTA EDICIÓN ES PROPIEDAD

DE LOS EDITORES.

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

OBRAS DEL AUTOR:

DEL PASADO. Prosas de amor.

LADE LOS OJOS OBLICUOS POR GUILLERMO JIMENEZ. Emociones.

MÉXICO
LIBRERÍA ESPAÑOLA
AVENIDA CINCO DE MAYO, 43.
1919.

ADQUIS FS - 4072
FECHA: 1968
PROCEDE Sanches P.

8 & ex / -

PQ1297 T423





CENTRO DE ESTUDIOS

DEDICATORIA



AL SEÑOR TOMÁS SANSANO, LEVE HOMENAJE A SU GRAN CORAZÓN.



LA DE LOS
OJOS « « «
OBLICUOS



HACÍA calor primaveral; el sol tostaba sin piedad las hojas del bosque y prendía féericos esmaltes en los perfiles volubles de las olas del lago.

Mi compañero — poeta, crítico de arte y diplomático, que sabe de la frivolidad y del encanto de París, de la diáfana melancolía de los atardeceres de Italia, del estrépito seductor de New-York y de las nieves que copiaron las pupilas abismadas de aquellas lindas princesas de cuento que se llamaron: María, Olga y Tatiana—asegura a su pequeña nariz los arillos dorados de sus lentes, unos lentes grandes, redondos, unos lentes grandes, redondos, unos lentes chic sujetos al cuello por una flamante cinta de seda, y continúa su charla jugosa y amena sobre el dulce y amargo Jules Renard.

Habla lentamente, matizando la conversación con sutiles paradojas; sus opiniones son completas y tienen la sugestiva seguridad adquirida en luengas horas de estudio y luengas horas de pensar.

De pronto me invita:

—Vamos a remar; remar para mí es el sport más armonioso de todos; mire usted: el fuego del sol, el azul del cielo y el zafiro del lago... ¿qué más?... el verde y el aroma del bosque... Vamos a remar.

Cogimos una barca; los cisnes blancos y los cisnes negros se espantaron con los remos, y nuestras corbatas sueltas flotaban como banderolas de alegría a la gloria del viento.

Y mientras me cuenta de las ingrávidas skaters de Rusia, sus ojos se clavan en la frágil silueta de una mujer que pasa por la orilla del lago.

—Vea usted — me dice en voz baja — qué mujer tan interesante, qué figura tan gallarda!

—Es amiga mía, se la voy a presentar; acerque la barca a la orilla.

-No, no, prefiero la emoción

inquietante del misterio...¡Pero qué ojos tan atractivos! Parecen de ícono sagrado.

- —Sí, posee unos raros, unos admirables ojos. Su nombre...
- -No quiero saberlo, llámela usted «la de los ojos oblícuos»...

Y siguió remando, jadeante, bañado de sol; y en las frondas se ocultó la musical silueta de mi querida, haciendo girar sobre su hombro la roja sombrilla, abierta cual una gigante flor.



ESTA ERA
UNA AMIGA
GENTIL...



ga, una amiga gentil y deferente que cierre todos sus sentidos a nuestros juegos de amor; que no escuche el rumor de nuestros besos y que finja no darse cuenta cuando mi mano traviesa se esconda en la cabellera castaña de la mujer amada, o cuando mis dedos hiperestésicos pro-

voquen la turgencia de su seno tibio.

Hoy la hemos encontrado: es sabia en amores, ha tenido tres amantes, y ahora que está casi a la mitad del otoño, se da el exquisito refinamiento de amparar al margen de su vida a dos corazones ligados por lírico festón de rosas prohibidas.

Es alta, morena, de grandes ojos, viste a la «inglesa», lleva anteojos atrozmente exagerados; charla con afectada vehemencia y agita los guantes con marcada distinción; correctí-

sima, afable, presume de *ner-vios* y más de una vez ha cenado, temblando de espasmo, en el «Waldorff-Astoria»...

Su acento es ligeramente neoyorkino y le encanta sobremanera que le repita que es muy, muy *smart*.

Nuestra amiga siempre dispone, es una maravilla:

—Esta tarde en el teatro; mañana en el bosque...

Y así, bondadosa, experta, maestra, señala día a día una ruta florida a nuestra juventud pasional.

Cuando «la de los ojos oblícuos» junta su boca delgada a mis labios anhelantes, nuestra gallarda amiga se pule las uñas, deshoja una flor, o entorna los ojos recordando, quizá, un triste, un lejano amor sin esperanza...

Al despedirse, a «ella» le llama dear y la besa silenciosamente; y a mí me tiende su mano, mano rígida, mano flaca, mano sin importancia; y nos dice con cariñosa autoridad:

- Mañana remaremos un

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

poco a la hora del sol; y al atardecer tomaremos el té...

Y se vá, rítmica y envanecida, saboreando el profundo egoísmo de tener glosados a su vida de leyenda, dos corazones envueltos en un canevá de ilusión flordelisado de fuego.





TODAS las mesas del café están solas. Es un café muy blanco, muy discreto y tapizado de espejos.

En el centro hay una vitrina que guarda preciosas cajas de chocolates y bomboneras elegantes que chorrean listones. Sobre la vitrina un enorme jarro se desgrana en rosas.

Ella me da sus guantes, y

seria, implacablemente seria, se contempla las uñas rosadas y pulidas y las venas azules de sus manos blancas.

Se acerca el mesero con la servilleta al brazo; es un mesero afeminado y lamido, que sabe hacer genuflexiones de amabilidad fingida.

—Lo de siempre — murmura el amor mío, mordiéndose los labios finos y echándose el gorrito hacia la frente.

Lo de siempre es: chocolate, pastas, yemas, un poco de crema y fresas. Eso es todo... Vuelve el mesero, estirado y alegre cual un comediante, haciendo prodigios de estabilidad con los platillos. Suenan los pozuelos, tintinean los cubiertos y chocan los cristales; y se vierte el salero sobre un pastel, que fué hecho, tal vez, con la lírica receta de Edmond Rostand...

Ella parece una canaria — una bella canaria encantada que se tornara en mujer — toma una almendra, una fresa y una poquita, nada más una poquita de pasta, empapada en chocolate...

GUILLERMO JIMENEZ

Me pide sus guantes; el café se queda solo; y cogidos del brazo nos perdemos en la noche fragante.



COMO LA .

DESIDERATA

DE DAUDET

CAROLINA, por cariño o por vieja costumbre Cara, todo el mundo la nombra Cara. Tiene los ojos verdes, de un verde de aguas quietas, de esas aguas muertas que en los vallados transparentan secas ramazones y hojas amarillas; son unos ojos insinuantes y en completa expectación a todo movimiento varonil.

Cara, es una de esas dolientes vírgenes a medias, semipensantes, que pasan por la vida como sombras difusas, enflorando ilusiones y nunca realizan nada y, sin embargo, se conforman con una piadosa mentira galante o con una violenta caricia impúdica.

Vive en el entresuelo; por la mañana despierta cantando como una golondrina, hace su alcoba y luego se sienta a la máquina de coser, cantando también y pliega muselinas o prende encajes para su hermana enferma — que es dueña de unas lívidas ojeras reveladoras y de unas largas manos ducales — por la tarde, las dos hermanas se acodan en el balcón, mientras pasa la silenciosa teoría de un crepúsculo negligente.

Siempre que veo a esta pobre Cara, me acuerdo de aquella otra pobre desencantada, Desiderata Delobelle, creada por la ternura de Alphonse Daudet; se parecen en todo, ¡qué digo en todo! únicamente se parecen en la pierna anqui-

GUILLERMO JIMENEZ

losada y en el ritmo desigual y angustioso de su taconeo en las baldosas... Un, dos, un, dos...

« La de los ojos oblícuos», cuando viene a verme, dice que en su alma se engarza una pena, sintiendo en el corazón el leit-motiv doloroso del andar de esa criatura, y el lamentable cantar, cuando Cara pliega muselinas o prende encajes para su hermanita enferma...



EL MERCADER
DE LIBROS * *

ESTE hombre mercader de libros viejos, es una calamidad.

Entra a mi pieza con el sombrero encasquetado, el nudo de la corbata — una corbata roja a rayas negras, decorada con lamparones de grasa — muy flojo, demasiado flojo; el cuello amarillento, los puños de la camisa — una camisa color de olvido — completamente deshilachados; los pantalones con rodilleras; el chaleco sin botones y enfáticamente cortado de bolsa a bolsa por gruesa cadena de acero.

Habla rápidamente y silba las *eses* con enfadosa monotonía.

Es un judío indecente, que experimenta una loca y cruel voluptuosidad en arrancar de nuestras manos a los mejores amigos.

Presuntuoso y fatuo, es erudito a fuerza de mercantilismo perverso; y orgulloso como un pavo, cita a los clásicos griegos, a los latinos, habla de los románticos, de los parnasianos, de los naturalistas, de los simbolistas y hasta reza las teorías del futurista Marinetti.

Enciende un tabaco y la bocanada de humo le hace entrecerrar los ojos en un gesto tan pedante y tan ridículo, que mueve a risa.

—¡Ah! ¿pero es usted el señor librero?

Se inclina reverente, sacude el polvo del sombrero, se acomoda la solapa del saco y silba complacido tres adverbios de afirmación: sssí, sssí, sssí ssseñor...

Le propongo el negocio.

Sonríe, acaricia los libros, coquetea con las ediciones raras, regatea, hace repicar el oro en sus bolsillos, vuelve a regatear, se lamenta, casi llora; nervioso se enrosca en los dedos la cadena de acero; luego, indignado pone cara de vinagre y se da toda la importancia de un banquero de la Quinta Avenida... y, por fin, saca

una bolsa sucia y abandona en mi mesa, cerca de una estatuilla de porcelana, las monedas de oro.

Estrecha mi mano, se inclina, y sonriente se aleja silbando las *eses*, ahogando sus pasos rudos en la alfombra.

Con este hombre indecente de pantalón de rodilleras, se van Gabriel D'Annunzzio, Anatole France, Oscar Wilde y Maurice Maeterlinck.

Momentos después, mi vida es una rosa abierta; entra a mi pieza, radiante y seductora una

GUILLERMO JIMENEZ

linda mujer que usa pomadas ricas y polvo de «Calliflore.»



HISTORIA DE UNA NUBE . .

Son las seis de la tarde, de una tarde como todas las tardes; aparece una nube en el confin y en el viento se derrama el rumor de un klaxon que se aleja.

La hora pasa serenamente y como no tenemos prisa, ni ella ni yo hablamos una palabra.

La nube remeda una brasa..

Si el amor no tuviera ligeros enojos, sería monótono y gris como un perenne rezar de lluvia; no tendría el supreme encanto de las reconciliaciones y...

Amaranto se torna la nube misteriosa...

Me quedo contemplando el hechizo de sus ojos oblícuos y ella, arqueando las cejas, murmura un vocablo:

- -Quí?
- Nada.

La nube es violeta...

Bellamente distraída, adora-

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

blemente displicente, anuda el pañuelo.

- Oye, paloma.

Encoge los hombros, hace un coqueto mohín con la boca, me echa los brazos al cuello y revienta en su garganta un gorjeo de cristal.

Se muere la nube, y en el fondo brumoso palpita una estrella cual una margarita de oro.



MI AMADA NO
GUSTA DE • •
LOS LIBROS



OY contando maquinalmente los escalones que vamos dejando: cuatro, cinco, seis...

Arriba, el taller decorado con óleos, acuarelas y pasteles, de un viejo pintor que vivió en Montmartre: un Rodin, un Beethoven, tres o cuatro escenas del antiguo París, un retrato de Miss Stuart, bailarina

del ballet; amapolas, chícharos... En un rincón, un diván que luce telas indias y cojines de sedas labradas; en el centro, bajo el tragaluz, el caballete, la paleta, los pinceles, y en las mesas, bibelots, libros y rosas frescas...

Visitamos a este artista—
que le obsesionan las palabras
extranjeras: cachet, snob, cocotte, y que lo mismo pinta a lo
Rembrandt que a lo Carriére
y que tiene un marchito rostro
de Billiken que se hiciera viejo — porque sí, como si comié-

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

semos fresas o comprásemos flores.

...Diez, once, doce...

Afuera, la ciudad hirviente...

Caminamos sin rumbo, bobeando las vitrinas de los joyeros y los escaparates de los libros.

Ella no gusta de los libros, como no entiende a Aubrey Beardsley; prefiere ver telas y encajes a deletrear los nombres de Georges Bernard Shaw, Marcel Schwob, Rodenbach y Sidney Place... Me acuerdo que un día se le desprendió de las manos liliales un libro de Walter Pater; y otro día se conformó con poner en la primera página de «La hija de Iorio», con letra menudita y graciosa, cinco palabras: «La de los ojos oblícuos»...

Y seguimos caminando, bobos, inconscientes, alegres, con la exquisitez amable de no saber ni a qué, ni adónde vamos; somos pájaros perdidos que en cada rama cantamos un himno triunfal a la luz dorada del sol.



UN SENO . . PEQUEÑITO

Recordando el espíritu seráfico de Alfredo Velasco.

A DELANTE, indicó cortésmente el doctor tendiéndonos una mano velluda, mientras con la otra se enjugaba una lágrima que emanaba de su trágico ojo de esmalte.

El consultorio olía a yodoformo y a inyecciones rotas; en los anaqueles dormían libros enormes y retratos de celebridades médicas; sobre la mesa de operaciones estaba un infolio abierto cuajado de estampas con entrañas enfermas, miembros desollados y tumores cancerosos; olvidado entre los aparatos de cirugía un poema del viejo Hugo, y en el escritorio un tibor de lilas blancas y una pálida figurita del santo limosnero de Asís.

El doctor. — (Paternalmente). Haremos un reconocimiento, locuela, hazme favor de descubrirte el seno.

Ella. - Sí, doctor; y encen-

dida de rubor, huraña cual una gacela, hizo brotar entre blondas un seno pequeñito, tibio, blanco, que transparentaba las venas como senderos ideales.

Un gesto de ironía se cuajó en el cansado rostro del sabio y con su ojo único me miró fijamente.

El doctor. — Yo no lo haré, no hay que perder tiempo...

Yo me mordí los labios sintiendo que se me desmayaba el corazón; y ella sonrió perversamente, diabólicamente, como

GUILLERMO JIMENEZ

si fuera la cosa más natural del mundo.

En la calle, así, sin dar importancia a todo lo pasado, compramos un racimo de uvas frescas, opulentas; y en un coche de bandera azul se unieron largamente nuestras bocas...



PAJARITAS DE PAPEL

Rubia, de largas pestañas, las pupilas glaucas, como dos piedras preciosas que se hicieran líquidas; la nariz un poquito remangada y la boca en forma de un pequeño corazón; menudita cual una muñeca de Sèvres y sus manos pálidas, tersas y afiladas como las manos de las santas vírgenes pintadas en los retablos de los viejos claustros, que apenas sostienen entre el pulgar y el índice el embeleso de una azucena hecha de lágrimas de luna... Así era María Luisa.

Nunca la dije nada, éramos niños; yo todavía no leía novelas, tenía los codos de la blusa y mis zapatos rotos y ella llevaba el dedo en la boca y las pantorrillas al viento...

Cuando cumplí quince años, Berta me besó a hurtadillas en plena boca; esa noche no dormí; asustado, bajo las sábanas recordaba con ansiedad sus labios jugosos y el madrigal de sus ojos astrales.

Después, en la soledad del huerto, junto a una fuente que cantaba, Berta, amorosa me brindó su madurez espléndida...

Concha tenía la arrogancia de una marquesa y el mágico atractivo de la fruta prohibida.

Han pasado los años y, sin embargo, recuerdo cuando inclinó en mi hombro su cabecita orlada de rizos negros, entornó los ojos y sus pupilas brillaron como dos estrellas mojadas al través de la rejita de sus pestañas, y me dijo:

— Ya vete, van a despertar mis hijas...

Y sigo soñando, con los ojos abiertos, mientras la más querida, «la de los ojos oblicuos», sensibiliza una página de magazine haciendo, una, dos, tres pajaritas de papel.



MUSICA . . EPISTOLAR

A última vez que me habló, dulcemente me hizo un reproche por no sé qué bobería. ¡Ah, sí! que cuando en el bosque sonaban las doce, me repitió tres veces:

-Son las doce.

Mientras yo, distraído, seguí bordando arabescos en la arena con una rama sin hojas.

Ese fué su sentimiento...

Cosas sin consecuencias, pero cantaba en mí la necesidad de enviarle una disculpa.

El papel en que escribí era de un amarillo de abolengo, de un amarillo de marfil viejo; al trasluz tenía un escudo con cuatro cuarteles, en cada cuartel un lirio en campo de gules.

Tenuemente aromé el sobre y después de cerrarlo, le dí un largo beso, ahí donde decía: «A la de los ojos oblicuos».

En el pliego, mis patas de mesca:

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

« Querida:

Hoy hace cuatro, no, cinco días que no te he visto para nada, y que no sé de tí una sola palabra.

Haces bien, antes que tu hastío prefiero la honda pena de no verte.

¿Que si te guardo rencor? Sí y no. Sí, porque te quiero locamente; y no, porque el derecho que te das de dejarme a los diez meses, lo tendría yo para olvidarte a los doce; tú me has ganado y... ¡qué más da! Lo que siento es la tragedia tan intempestiva de tu resolución; sin un enojo y ni siquiera quedarnos el acre, el sádico placer de habernos despedido como la gente bien.

Vaya, sabes que teadoro; mira: hoy te espero en casa a las tres de la tarde, vendrás risueña y aleteante como una alondra que retornara al nido...

Vendrás con tu vestido a cuadros negros pasado con aquel gracioso cinturón de charol.

Si a las tres no vienes, todo ha concluído.

Besos, muchos besos».

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

Son las tres, mi pieza está íntegra de perfume y «ella» tiembla cual una radiante y enorme flor de seda en medio de la estancia.



GRAGEAS . .





Es media noche.

La lluvia canta sobre la marquesina del patio con delicioso clamoreo.

En la tibieza de la alcoba escuchamos la voz fervorosa de la «hermana agua», sin decirnos una sílaba.

Sus trenzas se deshacen entre los encajes de la almohada.

GUILLERMO JIMENEZ

Lleva un traje color «topo».

- Mira que romántico eres, has besado mi retrato.
- —¿En qué conoces, chiquilla?
- —En que el cristal tiene la huella de tus labios.

Con el encanto de un mágico surtidor, brota su risa, su risa que es una melodía.

- Bésalo.
- No, ¿por qué? mejor te besaré a tí.
 - A mí después, besa al Bi-

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

lliken, anda, toma; me hizo un milagro.

—¡Qué caprichos! Y sus labios estallaron en el bibelot sonriente.

Está desnuda entre los cojines; tiene las soberbias ondulaciones de una preciosa gata de Angora.

Yo— (Regando la fragancia de su cuerpo con húmedos chícharos azules.) ¡Eres una visión de Eleusis!

Ella — (Apretando los dientes, cerrando los ojos y temblando por el rocío de las flores.) ¡Siento que me besan diez mil bocas...!

Escribo en la primera página de un libro del señor Conde Matías Felipe Augusto Villiers de L'Isle Adam:

« Hoy es el primer aniversario que mis labios supieron de los labios de «la de los ojos oblicuos».

Es cierto: el amor envejece.»



Y SE PERDIO EN LA LLU-VIA DE LAS HOJAS... . . . A NTES de calzarle las zapatillas escotadas, besé amorosamente el arqueo elegante de sus pies breves.

— Eres un loco — murmuró acariciando mis cabellos.

Abrí el balcón, una dulce claridad ambigua se coló por los cristales. En el fondo helado del paisaje reían las estrellas.

GUILLERMO JIMENEZ

- No hagas luz, deja vestirme.
- Dame otro beso, aquí, en las pestañas.
- -¿No digo bien? eres un loco. Y me dió un beso tan largo, que sentí en el corazón el temblor de su boca de seda.

Después, mis dientes de lobezno supieron de la suavidad de sus hombros egregios.

-¡Qué redondos, qué tibios, qué blancos son tus hombros!

-Mira, mira!

Y se vistió entre risas y besos... — Este tirante me rompe sin piedad la media — me dijo llena de gracia, haciendo un hipócrita mohín de enfado — ¿ves? es una lástima!

Hice luz, su cuerpo se duplicó en cada espejo y sus ojos encantadoramente oblicuos se posaron en un pequeño gladiador de bronce.

Mientras aflojaba la mata olorosa de su pelo castaño, sus labios modelaban mil preguntas.

-¿Verdad que ya es muy noche? Dime la hora.

- Son las ocho, mi vida.
- ¿Y mis horquillas?
- La grande está en el tocador, junto a las flores; y las otras perdidas en la cama.
- —¡Dios mío, si la cama está deshecha! moduló hundiendo en las sábanas de lino sus manos blancas, como dos lirios en la nieve.

La besé en la nuca, la besé en los ojos, me besó en la boca... y luego me dijo:

— No salgas conmigo, no me acompañes, iré sola, tomaré un coche.

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

Se envolvió en su abrigo y se fué sin hacer ruido.

En la calzada, las hojas caídas se morían de frío.

Olvidados en el tocador estaban sus guantes y entre las almohadas había un pañuelo de seda orlado de rosa, que tenía bordadas sus tres iniciales...



LE SOUVE-NIR D'AU-TRES YEUX



A conocí en una butaca del circo, cuando un pero hacía piruetas funambulescas sobre el lomo lustroso de un caballo cabriolante.

Reía de todo, del clown, del frac del clown, de los zapatos del clown; su risa cristalina cantaba cual un cascabeleo...

Al oído me dijeron: es detective; ella me confesó después que vivía en New-York con un viejo Agente de Finanzas... ¡qué sé yo!

Cuando me presentaron, murmuró secamente: Miss. Dresser; y me alargó su mano izquierda, que lucía un ópalo turbador en el índice.

Fuimos amigos, cenamos juntos y una de las últimas tardes de invierno vino a verme llena de spleen.

Traía un gorrito de plumas tornasol y un traje color canela; en las quirománticas manos, un ramo de rosas...

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

- Me voy moduló con ternura - vine a decirte adiós.
 - -Te acordarás de mí?
 - Yes, my love, yes...
 - Me escribirás?
 - Oh, yes, yes...

Los rizos dorados temblaban sobre su frente y se nublaron las pálidas violetas de sus ojos.

Yo sentí pena. En el fondo de aquellos ojos marinos, ví el milagro de otros ojos; si no tan dulces, sí más intensos, sí más amados; ví las aguas de té de aquellos crueles ojos obli-

GUILLERMO JIMENEZ

cuos que cerré incontables veces, amorosamente con mis besos.



DIALOGOS FURTIVOS

Yo y mi otro yo.

I otro yo. — (Fijándose en el tocador). Y para qué guardas aquí junto al espejo estas dos copas champañeras?

Yo. — (Haciéndome el nudo de la corbata). Es que en ellas bebimos la de los ojos oblicuos y yo.

Mi otro yo.—Rompe la copa en que bebió ella.

Yo. — No sé cuál es; romperemos las dos.

Mi otro yo.—(Coje las copas y las arroja por el balcón). En el asfalto candente hay un argentino fracaso de cristales.

BAJO EL SOL.

Vine al bosque, como pude ir a jugar un partido de basket.

En una banca, «la de los ojos oblicuos» luce un traje crema, de primavera; a su derecha «él» (que tal vez ha besado sobre mis besos) y a su izquierda una amiga deferente, pero vulgar.

Cuando paso frente al grupo percibo las voces:

El.—(Lentamente, matizando sus frases con apasionados giros). Repítelo: ¿yo soy el único a quien tú has besado?

Ella. — (Trémula de candor y jugando con la sombrilla). Sí...

La amiga. — (Con voz afónica). ¡Qué cielo tan azul!

Y el sol se deshace en polvo de oro...



SERENAMEN-TE ... e e e e



La dad, mi espíritu se ha desligado de toda complicación; infantilmente me divierto con el lloro de un tenue soplo de viento o con el soliloquio, siempre igual, de la fuente olvidada, que entre los rosales agobiados de botones finge benedictina viñeta de pasados siglos, y que está pun-

tuada con inquietos peces de colores.

Nunca creí este desprendimiento tan absoluto ¡claro está! hubo día que sentí la tortura del amor perdido y después el dolor de haber dejado de amar; pero ahora nada, estoy acoplado íntegramente a la clara indiferencia de la tarde.

Romanticismos: en estos días de angustiosa transición, he leído varias novelas escritas por esos demonios de franceses que se complacen en diseccionar almas; y al cerrar el libro pienso candorosamente: «él» soy yo, y «ella» es la de los ojos oblicuos; y estas amables cosas enfermizas y estos desbordamientos de juventud y estos dulces refinamientos, los hicimos juntos.

En secreto, guardo el orgullo de tener la seguridad de que también ella, cuando trenza la seda de su cabellera castaña y se queda absorta frente al espejo, con las horquillas entre los dientes, idéntica a mí en serenidad, se ha de acordar de nuestras citas en las noches

GUILLERMO JIMENEZ

frías, del deshojamiento sonoro de nuestras risas, de mis frases de amor y más de una vez ha de repetir mi nombre, en voz tan baja, como para que no lo escuche su corazón; en tanto que en el tocador, trémulo se desmaya un puñado de claveles, y de un frasco abierto brota, sutil y misterioso, el suspiro de un perfume, blandamente, serenamente...

INDICE & e &



La de los ojos oblicuos	- 11
Esta era una amiga gentil	19
Tea-Room	28
Como la Desiderata de Daudet	33
El mercader de libros	39
Historia de una nube	47
Mi amada no gusta de los libros	52
Un seno pequeñito	59
Pajaritas de papel	65
Música epistolar	71
Grageas	79
Y se perdió en la lluvia de las ho-	
jas	85
Le souvenir d'autres yeux	93
Diálogos furtivos	99
Serenamente	105



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL 8

DE SEPTIEMBRE DE MCMXIX, EN LA IMPRENTA DE JOSÉ BALLESCÁ, BAJO LA

DIRECCIÓN DEL AUTOR.—LA CARÁ—
TULA Y EL EX-LIBRIS FUERON DIBUJADOS POR CARLOS E. GONZÁLEZ.—SE HICIERON DE ESTA

OBRA 2,000 EJEMPLARESEN

PAPEL WHITE ST. CLAIR,

CON FORROS DE PAPEL

DEL JAPÓN.—LA PROPIEDADLITERARIA

ES DEL EDITOR.